

TURIA, LA SUPERVIVIENTE

LA MÁS BELLA HISTORIA DE AMOR

SOBREVIVIÓ A MASACRES, PROSCRIPCIONES, ASALTOS AL HOGAR, ATAQUES LEGALES, JUICIOS POR ASESINATO Y UNA INFERTILIDAD QUE CASI LA QUEBRÓ. Y A SU MUERTE, SU MARIDO, DESOLADO POR SU PÉRDIDA, GLOSÓ SU VIDA EN LA INSCRIPCIÓN PRIVADA LATINA MÁS EXTENSA QUE SE CONOCE. **EMMA SOUTHON** RESCATA LA TRAYECTORIA DE TURIA Y LUCRECIO, UN MATRIMONIO DE CLASE ALTA SITUADO EN EL BANDO PERDEDOR DE LAS GUERRAS CIVILES, Y DETALLA CÓMO LA PAREJA SOBREVIVIÓ Y SE AMÓ INTENSAMENTE EN MEDIO DEL COLAPSO DE LA REPÚBLICA ROMANA

SI FUERAS UN VIAJERO QUE SE ACERCABA A ROMA EN CUALQUIER MOMENTO ENTRE 8 A.C. Y PONGAMOS 400 D.C., al avanzar por la vía Apia, habrías pasado por delante de un monumento funerario especialmente enorme, entre los cientos de tumbas que bordean el camino. Dos losas de impoluto mármol italiano se yerguen una al lado de la otra, de dos metros y medio de altura y casi un metro de ancho cada una, cual monolitos de Stanley Kubrick, y cubiertas de un denso texto. Estas inmensas lápidas de mármol preservan la historia de la vida de una mujer, la esposa de un hombre que encargó las lápidas para “consagrarla a la inmortalidad, para que sea recordada por siempre”. En el siglo IV d.C., el memorial fue destrozado y repartido por toda la ciudad por los constructores cristia-



Fresco de la Villa Arianna (Castellammare di Stabia) que representa a una MUJER SENTADA.

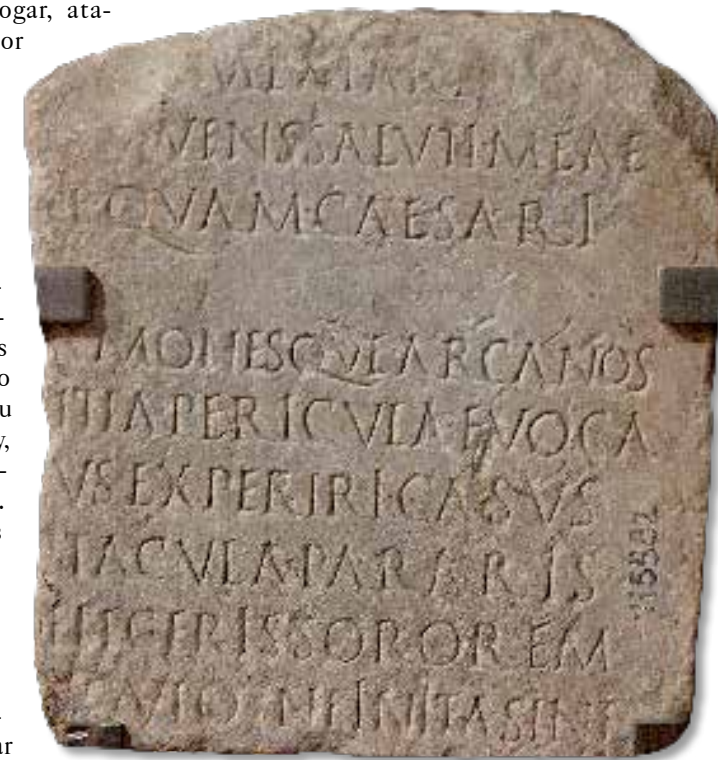
nos que querían disponer de todas esas piedras de buena calidad que estaban por el campo sin que nadie las aprovechara. Durante los siglos siguientes, se fueron empleando frag-

mentos del memorial en catacumbas cristianas, en muros de abadías, en el fondo de pozos y como soporte de paredes. En total, se han descubierto siete fragmentos, que han dado lugar a la inscripción privada latina más extensa que se conoce. Nos relata la vida de una mujer con un considerable grado de detalle y de intimidad.

La protagonista de la inscripción recibe el nombre de Turia. Vivió durante los últimos años de la República, con todas sus guerras, altercados y cambios sociales. Sabemos muchísimo sobre la vida de Turia gracias a su epitafio. Sabemos que llegó a la mayoría de edad durante la guerra civil entre Julio César y Pompeyo y que su esposo luchó con el bando perdedor de Pompeyo. Ambos sobrevivieron y pudieron presenciar el asesinato de César, el auge de Octaviano, la creación del (segundo) triunvirato y su posterior derrumbe con la guerra civil entre Octaviano y Antonio. Turia sobrevivió a masacres, pros-

cripciones, asaltos al hogar, ataques legales, juicios por asesinato y una infertilidad que casi la quebró, pero la suya es una perspectiva que rara vez podemos escuchar.

HUÉRFANA. Las primeras veinte líneas del memorial de Turia se han perdido. Así pues, hemos perdido lo que su esposo había escrito acerca de su familia o sus orígenes; y, lo que resulta exasperante, también sus nombres. Cuando nos topamos con Turia, pues, es de repente. Es joven, está comprometida y se halla sola en Roma; podemos plantear la conjetura más o menos fundamentada de que debía de estar en los últimos años de adolescencia. Su prometido, que llamaremos Lucrecio porque todo el mundo lo hace, estaba en Macedonia mientras que su única hermana (de nombre desconocido) y su cuñado (Cluvio) estaban en África. Es el año 49 a.C. y el mundo se resquebrajaba por la guerra que César había iniciado al cruzar el Rubicón. Lucrecio y Cluvio respaldaban a Pompeyo y el senado, de modo que Lucrecio siguió a este a Macedonia cuando César empezó a desgarrar Italia y desbarató los planes domésticos de Lucrecio y Turia en más de una forma. Para empezar, César sacó a Lucrecio de su casa de



LAS CLAVES
VIDA. La existencia de Turia se prolongó durante los últimos años de la República romana, con todas sus guerras, altercados y cambios sociales.
VICISITUDES. Persiguió en los tribunales a los asesinos de sus padres, fue víctima de un intento fraudulento de apropiarse de su patrimonio, defendió con las armas su casa y logró dos veces el perdón para su marido Lucrecio.
EPITAFIO. A su muerte, este erigió en Roma un memorial en su honor, que hoy es la inscripción latina privada más extensa que se conoce.

Dos de los fragmentos que se conservan de la **ESTELA FUNERARIA DE TURIA**. En el siglo IV d.C., el memorial fue destrozado y sus restos se reaprovecharon en catacumbas cristianas, en muros de abadías, en el fondo de pozos y como soporte de paredes. En total, se han descubierto siete partes del epitafio.

ante la justicia. Y lo logró. Para desesperación de los que nos encantan las historias de crímenes, Lucrecio no especifica quiénes fueron los culpables ni cómo se vengó Turia de ellos.

INTENTO DE ESTAFA. En el proceso de luchar con bravura para atrapar a los asesinos de sus padres y que respondieran de sus actos ante la justicia, Turia accidentalmente llamó la atención sobre sí misma en cuanto joven mujer soltera en Roma sin padres vivos, lo que, al parecer, representaba toda una oportunidad para granujas sin escrúpulos. Turia era

VIVIÓ LA GUERRA CIVIL ENTRE POMPEYO Y CÉSAR, EL ASESINATO DE ESTE, EL AUGE DE OCTAVIANO, LA CREACIÓN DEL SEGUNDO TRIUNVIRATO Y LA GUERRA CIVIL ENTRE OCTAVIANO Y ANTONIO

Roma y lo lanzó al corazón de una guerra por el alma del Imperio, de modo que ya no pudo casarse con su prometida en ese momento. En segundo lugar, en medio del turbio y sangriento caos que se adueñó de Italia a continuación, alguien asesi-

nó brutalmente a los padres de Turia en su villa campestre.

Personalmente, en una situación así me lanzaría al suelo y lloraría durante una década, pero Turia, tal

como deja bien claro su esposo, no era como las demás chicas. A pesar de estar en medio de una zona de guerra, con la mayoría de los funcionarios de Roma ocupados en otras tareas, Turia decidió encargarse de identificar a los asesinos y llevarlos

una mujer rica, riquísima, pero sin padre ni marido, desde el exterior parecía carente por completo de protección. Las mujeres no podían declarar en los juicios, no podían firmar contratos ni podían actuar legalmente como adultos. La ley ➡



EMMA SOUTHON. DOCTORA EN HISTORIA ANTIGUA POR LA UNIVERSIDAD DE BIRMINGHAM.

➤ romana consideraba a las mujeres aristocráticas menores de edad legales, bajo la “protección” de un tutor. Se suponía que las mujeres sin esposo ni padre eran una presa fácil de estafadores, pues estos confiaban en que los tutores asignados a estas mujeres, sin ninguna relación familiar, no se esforzarían mucho por defenderlas. Una mujer de la aristocracia podía acabar por completo en manos de desconocidos que afirmaban ser de su familia extensa (su *gens*) y sin tener acceso ni a su propiedad ni a su libertad. En el caso de Turia, parece que lo que sucedió es que algunos parientes lejanos con el mismo *nomen* que Turia decidieron que podían asumir el control de su vida y sus propiedades. Turia vio el horror que se le avecinaba y dijo que gracias pero no. Regresó a los tribunales,

sola, y contrarrestó con furia cada una de las reclamaciones. “Fue tu firme decisión defender la palabra escrita de tu padre”, dice Lucrecio en su encomio y parece que Turia rechazó con tal obstinación su recién descubierta “familia” y sus intentos de robarle la vida que al final estos se retiraron y se dedicaron a buscar un objetivo más maleable.

UNA MUJER DE ARMAS TOMAR. Estos incidentes bastarían para unas buenas memorias, pero la guerra no había acabado y el hombre que amaba no podía escapar del conflicto. En 48 a.C., Turia se mudó a la casa de su futura suegra, la madre de Lucrecio, tanto para proteger su recato y su reputación como para mostrar su conservadora dedicación a su prometido. La casa en la que vivían al parecer pertenecía a Lucrecio, quien la había comprado en 52 a.C. en una subasta tras el exilio de su anterior propietario. Y este era el político Milón, exiliado por haber asesinado brutalmente a Publio Clodio Pulcro, el hermano de Clodia, en una lucha de bandas en la vía Apia. El asesinato y el juicio habían provocado el caos en la ciudad, pero Milón tenía un considerable número de seguidores,



Turia y Lucrecio sobrevivieron a la guerra civil entre César y Pompeyo y pudieron presenciar el **ASELINATO** del primero.



Turia defendió con las armas un intento de asalto a su casa. Pintura del siglo I a.C. que representa a una mujer con un **ESCUDO**.

legiones que César había dejado en la península los aplastaron, pero no sin antes haber causado bastantes problemas.

Entre estos problemas hubo un intento de reclamar la antigua casa de Milón en el Palatino. Cuando Turia y la madre de Lucrecio vivían solas en la casa, parecían de nuevo una presa fácil, de modo que una turba armada de seguidores de Milón se acercó a la casa una noche. Turia tuvo que contraatacar con todas las armas a su disposición solo para sobrevivir, lo que incluye luchar con armas de verdad. Era una guerra en el mismo umbral de Turia y, de nuevo, sobrevivió.

SALVAR A LUCRECIO. Ahora que Turia se había garantizado la justicia para su padre, su herencia y su seguridad en casa, todo lo que necesitaba era el regreso de su prometido para casarse, tener hijos y estar enamorados. Porque, según Lucrecio, Turia y Lucrecio estaban enamoradísimos. El principal obstáculo en ese momento era que Lucrecio había escogido el bando perdedor en la guerra civil. César derrotó a Pompeyo en agosto de 48 a.C. y Ptolomeo XIII lo asesinó en Egipto un mes más tarde. Aunque la guerra prosiguió, los más avisados ya sabían que César había ganado a todos los efectos. Y Lucrecio y Turia eran avisados, de modo que Lucrecio desertó e intentó regresar a Italia. Turia hizo todo lo que pudo para que volviera; le envió dinero, comida y esclavos para ayudarlo. Cuando no pudo enviar dinero en efectivo, le envió sus joyas para que las vendiera y pudiera mantener “un modo de vida digno” durante su huida.

También se esforzó entre bambalinas para enviar mensajes a Julio César a través de su familia y amigos y logró ponerse en contacto con él y suplicar el perdón para su prometido. Miles de hombres pudieron regresar a sus hogares porque César tenía una vena indulgente, pudieron ver a sus esposas e hijos, besar a sus madres y conocer a sus nietos... o correr a casarse, por fin, con

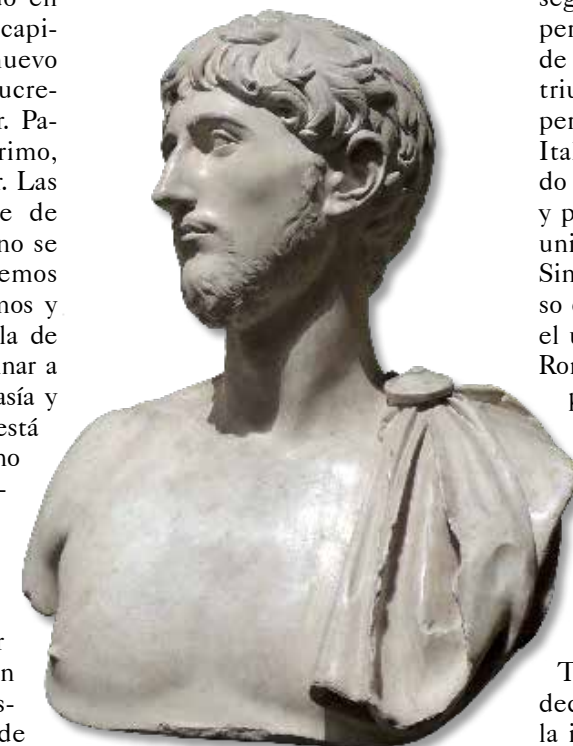
como el joven protegido de Cicerón, Marco Celio Rufo. En cuanto César abandonó Italia para luchar contra Pompeyo en Macedonia, Milón y Celio aprovecharon el momento para iniciar una rebelión en Italia. Las



ORACIÓN DE MARCO ANTONIO EN EL FUNERAL DE CÉSAR. Lucrecio se puso claramente al lado de los asesinos de César y, cuando su causa se vio en entredicho, Turia tuvo que rescatar por segunda vez a su marido.

su amor verdadero, como Lucrecio, gracias al corazón de César y a la determinación de Turia.

REGRESO DE LA VIOLENCIA. Solo un par de años después de que César se nombrara dictador perpetuo en Roma, la violencia volvió a la capital imperial y empezaron de nuevo los asesinatos. Una vez más, Lucrecio escogió el bando perdedor. Parece que era un *optimatus* acérrimo, opuesto al populismo de César. Las líneas referentes a la muerte de César y el ascenso de Octaviano se han perdido, de modo que podemos especular todo lo que queramos y situar a Lucrecio en la camarilla de conspiradores dispuestos a asesinar a César, pero sería una pura fantasía y no podría justificarlo. Lo que sí está claro es que una vez que Octaviano aparece por Roma con su sorprendente ejército personal e ilegal y hace estallar una nueva guerra civil contra Bruto y Casio, Lucrecio se puso claramente al lado de los asesinos de César y, así, cuando su causa se vio en entredicho, Turia tuvo que rescatar a su marido una vez más de las malas ideas que le pasaban por la cabeza. Encontró un buen escondite y lo obligó a meterse allí. Hizo que su hermana y su cuñado Cluvio la ayudaran, con gran riesgo para sus personas, pues esconder a fugitivos también se podía castigar con la muerte. Luego, lo mantuvo oculto



LÉPIDO se vio obligado a aceptar el decreto de Octaviano que concedía la libertad a Lucrecio.

hasta poder arreglar la situación.

Turia no era una mujer que se quedara de brazos cruzados durante una crisis, de modo que se dispuso a repetir sus acciones diplomáticas con los que estaban en el poder. Se puso en contacto con Octaviano y le suplicó y le hizo promesas y consiguió quitar el nombre de su esposo de las listas de proscritos. Las líneas concretas en que describe esto se han perdido, pero de algún modo convenció a Octaviano de borrar el nombre de Lucrecio y restaurar su derecho como ciudadano a no ser asesinado en la cama por una recompensa económica. Su capacidad de lograr tal cosa sugiere que o bien ella era una negociadora muy habilidosa o bien que

Lucrecio era un *optimatus* de bajo rango. De todos modos, esto solo fue la primera barrera superada para conseguir la libertad.

LÉPIDO, EL PREFERIDO DE NADIE. La segunda, mucho más difícil de superar, vino del triunviro preferido de nadie, Marco Emilio Lépido. El triunvirato había repartido el Imperio en dominios personales, pero Italia, técnicamente, seguía estando bajo el control de los dictadores y por eso Octaviano podía perdonar unilateralmente a gente en Roma. Sin embargo, en el momento preciso de las proscripciones, Lépido era el único triunviro que se hallaba en Roma y ya empezaba a sentirse un poco incomodado por sus dos colegas tiranos. Así, cuando Turia se presentó en su puerta con una carta de ese mocoso de Octaviano diciendo que había eliminado por su cuenta un nombre de las listas, Lépido se indignó y se negó a aceptarlo. Ni tan solo se dignó a verse con Turia. Una mujer menos emprendedora se hubiera desesperado con la intransigencia del triunviro. Pero Turia perseveró. Se presentó en una reunión pública que Lépido ha-

► bía organizado en el foro, se abrió paso entre el gentío y se lanzó a sus pies declarando que Octaviano había permitido retirar a Lucrecio de las listas. Lépido ordenó a sus guardias que quitaran a esa mujer de en medio; estaba montando una escena y le estaba avergonzando. Pero Turia, a la manera de todos los manifestantes pacíficos, no dejó que la arrastraran fácilmente. Los guardias, ante los ojos de Lépido y de toda Roma, la golpearon y la patearon cuando estaba pros-

UN ASUNTO SOLO DE MUJERES

Para los romanos la infertilidad era un asunto exclusivamente femenino, tal como queda claro por la manera en que Lucrecio escribe sobre el tema. Solo Turia tenía que emprender acciones, que Lucrecio describe como «remarcables y dignas de alabanza»,

para solucionar el problema. Estas acciones implicaban muchas plegarias y ofrendas a varios dioses, pero tal vez también incluían algunos de los remedios descritos por los historiadores naturales como Plinio el Viejo, el preferido de todo el mundo. ■ E. S.

proporcionar los herederos legítimos que quería y se merecía, pero tendría que contentarse con tener

TRAS CUATRO DÉCADAS DE MATRIMONIO, MIENTRAS EL MUNDO SE IBA ASENTANDO EN LA PAX ROMANA, ALGUNA ENFERMEDAD O ACCIDENTE ARRANCÓ A TURIA DE LOS BRAZOS DE LUCRECIO

trada, luego la alzaron y la sacaron de en medio con brutalidad. “Como si fuera una esclava”, dice Lucrecio, porque los romanos eran terribles.

NUEVA DECEPCIÓN DEMOLEDORA.

Que Turia fuera arrastrada fuera del foro mientras suplicaba, casi gritando, por la vida de su esposo, incomodó a todo el mundo e hizo que Lépido pareciera un monstruo, un tirano. Funcionó. Turia avergonzó a Lépido y este se vio obligado a aceptar el decreto de Octaviano que concedía la libertad a Lucrecio.

En cualquier caso, en 29 a.C., Octaviano era el último que había quedado y ordenó cerrar las puertas de Jano Quirino para indicar oficialmente el fin de las guerras y el inicio de la *Pax Romana*. Turia y Lucrecio seguían juntos, sin nada que lamentar y más unidos que nunca en su amor. Podían empezar una vida pacífica centrada en administrar sus vastas propiedades y en tener muchos hijos. Pero los años iban pasando y cada mes Turia tenía la regla como un reloj; cada período era una nueva decepción demoleadora. La pareja era infértil.

Turia estaba tan consternada que ideó una solución característicamente atrevida. Hizo una propuesta muy clara a su esposo: se divorciaría de él y le ayudaría a encontrar una nueva esposa fértil. Esta le podría

a la antigua esposa por ahí. Porque Turia tenía planeado continuar vinculada legalmente a Lucrecio como

responsabilidades de una hermana y de una suegra”. Lucrecio no estuvo de acuerdo con su interpretación del matrimonio y de su honor; consideró que divorciarse de ella no era un acto honorable, sino una vergonzante traición a su amor y fidelidad. Turia había hecho tanto por él durante su exilio y su proscripción, y era tan feliz con ella, que incluso tantos años después

todavía le dolía pensar siquiera en casarse con alguna otra persona.

Y luego, Turia murió. Tras cuatro décadas de matrimonio, mientras el mundo se iba asentando en la *Pax Romana*, alguna enfermedad o accidente la arrancó de los

brazos de Lucrecio, dejándolo como un alma en pena. “Tú lo mereciste todo, aunque no estuvo en mi mano dártelo todo”, escribió, “Ojalá nuestros años de vida nos hubieran permitido continuar nuestro matrimonio hasta que yo, el mayor de los dos, hubiera perecido, hubiera sido más justo, y hubieras dispensado tú los ritos de despedida. [...] El hado decidió que debías precederme. Me dejaste la pena por tu ausencia y me dejaste en duelo sin hijos que me consolaran. [...] Me afligen el dolor y el miedo y no puedo resistir a ninguno”. El dolor de Lucrecio es bien palpable incluso dos mil años después, y le impulsó a grabar en monolitos de piedra los recuerdos de su esposa, para que todos pudieran saber de ella. Al hacerlo, nos legó una instantánea de cómo podían impactar los vientos políticos de la República tardía en la vida de las mujeres, en modos ordinarios y extraordinarios. ■



ANCIANA ROMANA del siglo I a.C. Lucrecio se negó a abandonar a Turia en sus últimos años.

propiedad suya, bajo el control de este y viviendo en la misma casa. Se ofreció a criar a los hijos como si fueran suyos y asumir “los deberes y

SORTEO

Los lectores interesados pueden participar en el sorteo de un ejemplar de *La historia de Roma en 21 mujeres* (Emma Southon, Barcelona, Pasado & Presente, 2024), enviando sus datos de contacto a la dirección postal de la revista o al correo redaccion@artduomo.es antes del 20 de junio. El ganador se dará a conocer en el número de julio.

